

No siempre se celebra. Depende de años. Consultar calendario de la Diócesis.

0008. Domingo 2º después de Navidad - Juan 1,1-18.

- *¿Cuál es la página más bella de la Biblia?...*

A quien nos hiciera esta pregunta, nosotros le responderíamos:

- *Dígalo usted, por favor, que yo quiero saberlo.*

Y el otro no sabría qué contestar, porque no sabría cuál escoger. Depende de gustos. Depende de situaciones del espíritu. Pero de una cosa estamos seguros: que la página primera del Evangelio de Juan es lo más profundo de la Biblia entera.

Empieza como el Génesis: "*En el principio*". Pero Moisés lo dice para describir la creación de las cosas. Antes, para él, no había nada, sino un Dios del que nada se atreve a decir.

Viene Juan, y comienza su Evangelio de la misma manera: "*En el principio*". Pero con mirada de genio divino, se adentra en el seno de Dios, y nos dice cómo en ese Dios Creador había algo más que un Dios omnipotente: en un principio sin principio, allí había un Hijo tan eterno como su Padre.

A éste Hijo de Dios, Juan lo llama *Verbo, Palabra*, porque es la Palabra que se dice Dios a Sí mismo, y en esa Palabra y esa imagen Dios lo ve todo y por ella lo crea todo.

Sigue Juan hablando de lo que adivina y le inspira el mismo Espíritu Santo, y al Verbo lo llama *Luz y Vida*.

Porque es *Luz*, el Credo de la Iglesia explicará esta palabra de Juan, y confesará —lo confesamos nosotros en todas las Misas dominicales— que ese Verbo o Palabra de Dios es *luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre, por quien todo fue hecho*.

Y porque es *Vida*, un día se hace Hombre para traernos la Vida de Dios, su Gracia y su Gloria, de manera que los hombres lleguemos a ser participantes de la Vida de Dios.

Desde ese momento dichoso de la encarnación del Hijo de Dios en el seno de María, la *Luz* de Dios brilla sobre todo el mundo, del que se alejaron las tinieblas igual que la noche se aleja de la Tierra cuando sale al Sol.

Desde ese momento también, la *Vida* irrumpe en el mundo, y el mundo se llena de la Vida de Dios. De este modo, la muerte está condenada a morir y a desaparecer completamente, porque la Vida habrá eliminado el pecado de las almas y arrancará a los sepulcros todas las presas que habían devorado...

¿No les parece que nos estamos subiendo demasiado con nuestra consideración de hoy?... ¿No parecemos un poquito presuntuosos, como si Juan nos diera algo de envidia y quisiéramos ser tan listos como él?...

No; no hay tal cosa. Y, si hubiera envidia, sería una envidia bendita. Lo único que hacemos es seguir las huellas trazadas por Juan para descubrir la grandeza de nuestro Señor Jesucristo, al que amamos tanto.

Cuando leemos esta página parece que nos transportamos al Cielo, y estamos gozando ya de lo que va a ser nuestra dicha eterna: ver a Jesús, nuestro Jesús, nuestro hermano, hombre como nosotros, pero unido personalmente a la Divinidad: ¡un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo, y engolfado en la gloria que tenía antes de todos los siglos, antes de que el mundo existiese!...

La lástima es que una página tan bella de Juan, toda llena de luz, tiene también sus sombras. Unas sombras que no ha metido Dios, desde luego, sino que las hemos introducido los hombres. Porque este Evangelio tan sublime reconoce, lamenta y condena la actitud de tantos hombres obstinados.

¿Cómo es posible que venga al mundo la Palabra de Dios, y sea rechazada?

¿Cómo es posible que el Hijo de Dios no sea reconocido?

¿Cómo es posible que se levante un muro a la Luz para que no pasen sus esplendores?

¿Cómo es posible que se nos dé la Vida y muchos se empeñen en vivir muertos?...

Todo esto lo reconoce Juan, y lo sintetiza en esta expresión dolorosa, diríamos que una de las más dolorosas de todo el Evangelio:

- Vino a los suyos, y los suyos no lo quisieron recibir.

En el mundo moderno, en la sociedad de consumo y del bienestar, tampoco se le quiere recibir, ni a Jesucristo ni su mensaje, porque se oponen a tantos caprichos que oscurecen las mentes y matan los corazones.

Pero nosotros lo recibimos, y al recibir a Jesucristo somos y vivimos como hijos de Dios.

Luz y vida. Esto es Jesucristo, y esto queremos ser nosotros, como imágenes tuyas vivientes.

Al mundo en tinieblas que nos rodea, nosotros le llevamos algo de luz.

Al mundo que yace en la muerte, nosotros le llevamos un aliento de vida.

Nosotros sabemos dar a tantos hermanos que las necesitan esa luz y esa vida que Jesucristo nos comunica a nosotros. Es la razón de nuestro apostolado. No podemos consentir que muchos hermanos nuestros vivan sin luz, a oscuras en sus mentes, y sin la vida de Dios en sus corazones.

Nosotros trabajamos por llevar a todos la verdad de Jesucristo. Y entonces todos, iluminados y vivificados en Cristo, caminamos hacia la luz indeficiente y hacia la vida que nunca muere...

¡Señor Jesucristo!

Si pensamos en ti, tu grandeza nos sobrecoge. Pero, cuanto más te conocemos, más pasmados nos deja tu amor inmenso. ¡Cómo nos has querido Tú, Jesús! ¡Y cómo queremos quererte nosotros!...